

truyen con estos errores una teoría igualmente errónea (1). La monarquía papal no ha realizado jamás la unidad, la armonía ni la libertad de los pueblos. El imperio del pontificado es una dominación á la cual ha faltado siempre fuerza para dar autoridad á sus pretensiones. En vano Inocencio proclama con lenguaje impetuoso su divina supremacía sobre los reyes, porque no tiene el poder de impedir sus disensiones y sus guerras; la excomunión misma no inspira ya el terror que infundía en tiempo de Gregorio VII. Felipe de Suabia, excomulgado, continúa la lucha con Oton, protegido del papa, siendo sostenido por los príncipes y aun por los obispos. Inocencio llama á todos los cristianos á libertar el sepulcro de Cristo, y envía la paz á los reyes, para unirlos contra el enemigo del nombre cristiano; pero ya la religión influye ménos en los príncipes que la ambición, y rechazan casi con desden la intervencion de la santa sede; hé ahí cuál era la paz y la armonía del mundo cristiano. ¿Defendió mejor el pontificado la libertad de los pueblos? El siglo XIII es la aurora de la libertad en Europa; el gobierno constitucional data de 1214. ¿Se decidió Inocencio por los barones que reclamaban garantías contra su miserable rey? Los rayos de Roma hirieron á aquellos que arrancaron la Carta Magna al vasallo del papa. Hé ahí cómo el papado garantiza la libertad.

El papado no podía asegurar ni el desarrollo de la inteligencia, ni la paz, ni la libertad; puesto que descansa en la fe en un dogma inmutable, ¿cómo ha de favorecer el progreso de la razón? Las hogueras de los herejes, encendidas por Inocencio, y la inquisición, fundada por él, dicen cuál fué la solicitud del pontificado por la libertad del pensamiento. En cuanto á la unidad y armonía, suponen la existencia de naciones independientes; y ¿cómo puede existir la independencia de las naciones, cuando su soberanía está absorbida por la soberanía de los papas? ¿Cómo había de establecerse la paz por un poder que, aunque sea el órgano de una religión de caridad, necesita, para imponer la paz, dirigirse á los mismos que quieren la guerra, sin tener otras armas que los rayos espirituales? En realidad, el pontificado no tiene más que una sola misión, la de ser el lazo necesario de la Iglesia,

(1) «La libertad, hija de la Iglesia y madre de la civilización» (DE FALLOUX, *Hist. de Pio V*).

llamado á moralizar los pueblos; é Inocencio ha sido fiel á esta alta vocación; es más grande cuando protege á la esposa desamparada de Felipe Augusto que cuando hace y deshace reyes.

#### § II.—El poder espiritual y el poder temporal.

Las pretensiones de los papas al poder temporal han alejado de la santa sede á los reyes celosos de su soberanía y á los pueblos celosos de su independencia. Los defensores del catolicismo, deseosos de conducir á los espíritus á la unidad católica, tratan de persuadirlos de que la ambición de la Iglesia es una falsa invención; según ellos, jamás han pensado los papas en usurpar el poder temporal, no pretendiendo más que el poder espiritual; y si han ejercido una acción en las cosas temporales, es una acción indirecta que se desprende de la autoridad espiritual. Los derechos reivindicados por Gregorio VII son ya poco compatibles con la teoría del poder indirecto: ¿es un poder indirecto el que ejerce Gregorio exigiendo á Guillermo el Conquistador el juramento de vasallo? ¿Es al papa como jefe de la Iglesia á quien el emperador de Alemania presta fe y homenaje? ¿Es como sucesor de los apóstoles como Gregorio se llama soberano de todos los Estados de la cristiandad? Convenimos en que para Gregorio, la ambición temporal era una cosa secundaria, esto es, un medio para alcanzar un fin más elevado, la independencia de la Iglesia, la plenitud del poder espiritual y la dirección moral de la sociedad cristiana; pero bajo Inocencio, la lucha por la reforma de la Iglesia y por su independencia ha cesado; el celibato es aceptado por el sacerdocio, y el emperador no ejerce el derecho de investidura. ¿Cuál es, pues, el fin de la actividad devoradora que despliega el gran papa, de sus luchas en Italia, en Alemania, en Francia y en Inglaterra? Inocencio no combate por la libertad de la Iglesia, sino por su dominación. Él mismo nos dejará conocer sus sentimientos sobre la supremacía del poder espiritual y sobre el derecho del papado al gobierno del mundo.

Inocencio no dice, como Gregorio, que la monarquía tiene principio en el demonio; pero desprecia tanto como él el poder temporal. «El primer gobierno del pueblo de Dios, dice, ha sido el régimen sacerdotal.» Este régimen es de mandato divino; Dios dice á Moisés: «Tomarás á Aaron, tu hermano, y sus hijos, y los separarás de los demás hijos

de Israel, para que me sirvan de sacerdotes.» ¿Por qué el gobierno sacerdotal establecido por Moisés es sustituido por la monarquía? Dios dice á Samuel: «Tu pueblo pide un rey; no es á tí á quien rechaza, sino á mí.» Si Dios concede á los Judíos su petición, es en medio de su cólera; la monarquía es un castigo (1). Esta concepción del sacerdocio y del imperio establece entre las dos instituciones la distancia infinita que separa las obras divinas de los errores humanos (2); ¡por esto, pues, marca la Sagrada Escritura tal diferencia entre los sacerdotes y los reyes! «Según el derecho divino, los sacerdotes y los reyes son ungidos; pero el sacerdote unge al rey. Ahora bien, el que da la unción está más alto que el que la recibe, porque Jesucristo dice: *El padre que le ha ungido según su divinidad es más grande que aquel que ha sido ungido según su humanidad*. El señor llama dioses á los sacerdotes y príncipes á los reyes; éstos tienen poder sobre la tierra; los sacerdotes tienen poder sobre la tierra y el cielo. Los reyes tienen acción sobre los cuerpos; los sacerdotes sobre los cuerpos y las almas.» Esto, en cuanto á la esencia de la monarquía y la Iglesia; comparados por la extensión de su poder, resulta que «cada rey está establecido en un reino; San Pedro supera á todos por la plenitud de su autoridad, porque *es el vicario de Aquel á quien pertenecen la tierra, el universo y todos los que le habitan*» (3).

Inocencio se complace en comparar el papado al sol á el imperio á la luna, para señalar cuán superior es el vicario de Cristo á los reyes: «El Creador ha establecido en el firmamento de la Iglesia universal dos dignidades; la más considerable, el pontificado, preside á las almas, como el sol á los días; la menor, la monarquía, preside los cuerpos, como la luna á las noches. Los papas aventajan á los reyes tanto como el sol á la luna. La luna recibe su luz del sol, quedando inferior á él por su calidad, por su cantidad, por su situación y por su efecto; y del mismo modo *el poder real toma de la autoridad de los papas el esplendor de su dignidad*» (4). Hoy nos cuesta trabajo comprender la

(1) INNOCENT., *Registr. de negot. Imperii*, Epist. VIII (en las *Cartas de Inocencio*, edic. de BALUZE).

(2) INNOCENT., *Registr. de negot. Imperii*, Epist. VIII: «Sacerdotium institutum fuit per ordinationem divinam, regnum autem per extorsionem humanam.»

(3) INNOCENT., *Registr. de negot. Imperii*, Epist. VIII.

(4) INNOCENT., *Registr. de negot. Imperii*, Epist. I, 401:—Epist. ad Imperii Constantin. (en los *Gesta Innocent.*, c. LXIII).

importancia que en la Edad Media se daba á esta alegoría. ¿Cómo podía buscarse el fundamento del poder pontifical en una comparación tan arbitraria? El siglo XIII no tenía ninguna dificultad en admitir estos singulares argumentos; pero poco importan las razones en que se fundaba la supremacía del papado; lo que importa es la idea que los papas se forjaban de su autoridad. Inocencio dice y repite que el soberano pontífice no es el representante de un hombre, sino el órgano del verdadero Dios sobre esta tierra (1); ante el papado elevado á esta altura, el poder temporal desaparece y se borra como el hombre ante Dios, como lo finito ante lo infinito. La distinción de los poderes no es más que nominal: «Dios, dice Inocencio III, ha dado á San Pedro la misión de gobernar, NO SOLAMENTE LA IGLESIA UNIVERSAL SINO TAMBIÉN EL SIGLO ENTERO» (2). En definitiva, no hay más que un soberano, el papa.

#### § III.—Dominación universal de Inocencio.

##### N.º 1.—Inocencio y los reyes.

El pontificado de Inocencio pareció realizar esta ambiciosa concepción del papado, comenzando por emancipar el patrimonio de San Pedro de la dominación alemana. Él es quien consolidó el poder temporal de la santa sede, cuyos fundamentos había echado Carlo-Magno. El papado tenía sus títulos en las donaciones carlovingias y de la condesa Matilde; pero le faltaban fuerzas para hacerlos valer. Los Hohenstaufen disponían del patrimonio de San Pedro como si no hubiese vicario de Cristo. En Roma no se sabía quién debía mandar ni quién obedecer, estando en colisión los derechos del papa con los del emperador y con las aspiraciones republicanas de los ciudadanos; pero al día siguiente de su consagración, Inocencio absolvió al prefecto imperial de su juramento al emperador, y le exigió pleito homenaje, poniendo fin al mismo tiempo á la sombra que había de libertad romana con destituir al senador, órgano de la ciudad (3). Inocencio, dueño de la Ciudad Eterna, se prepara para ser el dueño del universo.

(1) INNOCENT., *Registr. de negot. Imperii*, Epist. I, 335: «Romanus pontifex non puri hominis, sed veri Dei vicarius appellatur.» (C. *Registr. de negot. Imperii*, Epist. LVII).

(2) INNOCENT., Epist. II, 200: «Dominus Petro non solum universam Ecclesiam, sed totum reliquit seculum gubernandum.»

(3) *Gesta Innocent.*, c. VIII.

Roma, en los días de su grandeza, asignaba á los cónsules las provincias que estaban por conquistar. Inocencio nombró á dos cardenales sacerdotes para apoderarse de la *Marca* y á dos preladados para someter el ducado de *Espoleto*. La muerte de Enrique IV y la anarquía de Alemania entregaban, por decirlo así, la Italia al primer ocupante. Los señores alemanes á quienes los Hohenstaufen habían dado aquellas provincias eran odiados como Bárbaros; y las ciudades, demasiado débiles para aspirar á su independencia, se dieron por satisfechas con cambiar el yugo del emperador por la dominación de la santa sede; donde el papa no podía conseguir el imperio, se contentaba con la soberanía. Las ciudades de la *Toscana* formaban parte del legado de la condesa Matilde; pero como eran demasiado poderosas para que Inocencio pensara someterlas, las llamó á la libertad, y la *liga toscana* se comprometió á no reconocer ningun emperador, rey, duque ó marqués, sin la aprobación de la santa sede, prometiendo defender la Iglesia y ayudarla á recuperar el patrimonio de San Pedro. En cuanto á las *ciudades lombardas*, permanecieron en relaciones de amistad con el papa (1). Los Gúelfos triunfaban; los Gíbelinos no tenían ya bandera

El Mediodía de Italia y la Sicilia estaban en una dependencia más estrecha del soberano pontífice; desde fines del siglo XI, los Normandos y los papas habían contratado una alianza íntima; los papas tenían interes en conservar el apoyo de Italia contra los emperadores; y los Normandos, deseando obtener la consagración de sus conquistas, consintieron en poseer los reinos de Nápoles y Sicilia como feudos de la santa sede. Esta era una política hábil; pero amenazaba hacerse ilusoria con el matrimonio de Enrique VI con la heredera del último rey normando, puesto que, reunidas en una cabeza las coronas de Alemania, de Italia, Nápoles y Sicilia, comprometían la existencia misma del papado, que al fin debió su salvación á la muerte de Enrique VI y á la minoría de Federico II. La dominación alemana era detestada en Sicilia más que en cualquiera otra parte, porque la fría crueldad de Enrique VI sublevó hasta á su mujer Constanza contra los señores extranjeros. La madre de Federico II pidió protección á la santa sede, y la

(1) *Gesta Innocent.*, c. 12, 2, XII

obtuvo, á condición de reconocer la soberanía de la Iglesia romana (1).

Así pues, Italia estaba en parte sometido á Inocencio, en parte bajo su influencia ó su soberanía; pero la dominación del papa contenía el germen de nuevas luchas. Federico no era capaz de ser vasallo, y se convirtió bien pronto en rival y enemigo mortal. Las ciudades italianas sostenían al papa; pero solamente en tanto cuanto tenían un mismo enemigo, puesto que el espíritu de libertad desordenada que las agitaba no era favorable á la autoridad de la santa sede, y aun en Roma debió luchar toda su vida con facciones rivales. Italia no ha tenido jamás para los soberanos pontífices ese respeto, esa sumisión que siente el resto del mundo cristiano; el prestigio de los sucesores de San Pedro parece aumentar con la distancia, mientras que en Roma se ve obligado Inocencio á ceder muchas veces ante el furor de los partidos (2). En España, en Noruega, en la Bulgaria, en la Hungría y Polonia, se le venera como el órgano de Dios.

Los príncipes se anticipan á la ambición del papa; y satisfechos de ponerse bajo sus leyes (3), solicitaban su intervención. El rey de Polonia hace un estatuto de familia sobre la sucesión á la corona; y para asegurar la obediencia de sus hijos y sus súbditos, suplica al papa que confirme el acta de repartimiento (4). Felipe Augusto, rey de Francia, pide á Inocencio la legitimación de los hijos que había tenido de un matrimonio reprobado por la Iglesia, y el papa no vaciló en concederle una gracia que para la santa sede era un acto de soberanía; según él, no se trataba más que de una cosa espiritual: "La santa sede, dice Inocencio, ha permitido algunas veces la promoción al episcopado de hijos ilegítimos y aun de adulterinos; y si puede legitimarlos para los asuntos espirituales, con más razón tiene el derecho de legitimarlos para asuntos civiles. ¿No sería una cosa monstruosa que aquel que fuera legítimo para lo espiritual fuese ilegítimo

(1) Inocencio declaró ceder á Constanza, en consideración al afecto que su familia había manifestado siempre hácia la santa sede, el reino de Sicilia, el ducado de la Apulia y el principado de Capua, á condición de prestar ella y sus descendientes juramento de vasallaje y de pagar un cánón anual (*INNOCENT.*, *Epist.* I, 410-412).

(2) *Gesta Innocent.*, c. CXXXVII: "Videns ergo dominus papa quod furor erat in cursu, cessit currenti furori, et urbem egressus, in Campaniam declinavit."

(3) El rey de Dinamarca escribe á Inocencio: "Quis non gratanter accipiat paternitatem vestram regibus atque principibus præsidiore?" (*INNOCENT.*, *Epist.* II, 70).

(4) *INNOCENT.*, *Epist.* XIII, 82.

mo para lo temporal?," El papa busca en la Sagrada Escritura autoridad en apoyo de sus pretensiones: "Dice una ley de Moises que en los negocios de singular dificultad, cuando la opinión de los jueces está dividida, es menester ir al *lugar* que Dios hubiera escogido, y dirigirse á los *sacerdotes* y al *juez soberano* del pueblo; manda que se obedezca su decisión bajo pena de muerte. El *lugar* escogido por Dios no puede ser más que *Roma*; los *sacerdotes* son los *cardenales*, y el *juez soberano* es el papa." Inocencio deduce que todas las cuestiones difíciles, criminales, civiles, eclesiásticas ó profanas, deben llevarse á su tribunal, y que deben obedecerse sus decisiones bajo pena de excomunión (1).

Después de ser el papa proclamado juez universal soberano, ¿podría creerse en la protesta de que no piensa en usurpar el poder temporal? Obsérvese que es preciso pensar en las protestas de la Iglesia y sus defensores. Si Inocencio III tenía buena fe, como nosotros lo creemos, es preciso confesar que la ambición del poder llamado espiritual no tiene límites; todo se convierte en espiritual en sus manos, hasta las cosas esencialmente temporales; lo que excusa las usurpaciones del papa sobre la soberanía laica es que los reyes mismos las provocaban, por decirlo así; suplicado por ellos es como Inocencio ejerce el más alto derecho de la soberanía distribuyendo coronas; en vano reclaman los legistas para el emperador, jefe temporal de la cristiandad, el privilegio de crear reyes; se diría que la comparación del sol y de la luna va á convertirse en realidad; la pálida luz del imperio se extingüía ante el esplendor del astro pontifical. Hé ahí al príncipe de los Búlgaros que pide la corona real al papa, prometiendo obediencia á la Iglesia romana (2); pero la sumisión de un pequeño príncipe semi-bárbaro no valdría la pena de mencionarse si la máximas proclamadas por Inocencio con este motivo no le diesen una gran importancia. Cuando enviaba los ornamentos regios al jefe de los Búlgaros, el papa le escribió una carta que es como el manifiesto del papado, y en la cual toma el tono y lenguaje de un vicario de Dios, para explicar al mundo cristiano la omnipotencia de la santa sede: "El rey de los reyes, el Señor de los señores, Jesucristo, á quien el Padre

(1) *INNOCENT.*, *Epist.* IV, 17, v, 128.

(2) *INNOCENT.*, *Epist.* V, 115.

ha concedido todo poniendo á sus piés el universo, á quien pertenece la tierra, lo que contiene y los que la habitan, Aquel ante el cual se doblegan todas las criaturas del cielo, de la tierra y de los infiernos, ha escogido para su vicario al pontífice supremo de la sede apostólica y de la Iglesia romana, estableciéndole sobre los pueblos y los reinos y confiéndole el poder de arrancar, destruir, dispersar, edificar y plantar." Siguen los pasajes de los libros santos, sobre los cuales tienen los papas la costumbre de fundar su supremacía; pero las palabras de Inocencio y el fin que se propone exceden en mucho los límites del poder espiritual. No solamente la Iglesia universal, sino el *mundo entero* ha sido confiado por Dios á San Pedro y asociado á la *plenitud de su poder*. Veamos la conclusión de este magnífico lenguaje: "Nos, que, aunque indigno, ocupamos sobre esta tierra el lugar de Aquel que domina sobre todos los reinos, que los da á quien quiere, por quien reinan los príncipes y los reyes, queremos proveer á la salvación espiritual y á los intereses temporales de los Búlgaros, que hace tanto tiempo están separados del seno de su madre. Fuertes por la autoridad de Aquel por quien Samuel ungió á David, te nombramos rey de ellos, y te enviamos el cetro y la diadema, concediéndote el derecho de acuñar moneda." El nuevo rey prestó juramento de obediencia y fidelidad á Inocencio, á sus sucesores y á la Iglesia romana (1).

Otro príncipe fué en persona á Roma para hacerse coronar por Inocencio. Pedro de Aragón era un verdadero caballero español que cultivaba la poesía y la música cuando no se batía contra los Árabes; su orgullo se resentía de que los príncipes aragoneses no recibiesen la corona en medio de las pompas religiosas que acompañaban á la consagración real, y esto era para él una señal de dependencia é inferioridad; quiso, pues, hacerse coronar como los demás reyes; solamente la autoridad del papa podía prestarle apoyo contra la resistencia de los grandes de su reino y contra las pretensiones de la Francia, é Inocencio satisfizo su deseo, porque no deseaba nada tanto como hacer siempre el papel de protector, es decir, de dueño. El nuevo rey prometió la obediencia y la fidelidad al papa y sus sucesores y conservar su rei-

(1) *INNOCENT.*, *Epist.*, VII, 1.

no en la misma obediencia; no paró aquí su sumisión; fué vestido con las insignias reales al lado de Inocencio, en la basílica de San Pedro; depuso allí la corona y el cetro, y entregó su reino al príncipe de los apóstoles, después de lo cual lo recibió en feudo de manos del soberano pontífice. Pedro de Aragón puso sobre el altar una carta en que decía: "Creando sinceramente que el papa es el vicario de Aquel que da los reinos y por el cual reinan los reyes, y deseando colocarme bajo la protección de San Pedro, ofrezco mi reino á Inocencio, y por él á la Iglesia romana, y le hago tributario á perpetuidad de él y de sus sucesores (1).

El homenaje de Pedro de Aragón y la coronación del príncipe de los Búlgaros son la expresión del mismo pensamiento: que el papa, como vicario de Dios, tiene el imperio sobre los reinos así como sobre las almas. Si esta doctrina fuese la expresión de la verdad revelada, como Inocencio creía, puesto que la fundaba en la Sagrada Escritura, el papa debería ser el soberano de todos los reyes. Diríase que los príncipes tomaban en serio la pretensión del papado, viendo al rey de Inglaterra declararse vasallo del papa, mientras que el de Portugal, que comenzó reivindicando la independencia de la corona negándose á pagar un cánón prometido por su padre y atreviéndose á poner la mano sobre el obispo de Oporto y á despojar á la Iglesia, no teniendo fuerza para luchar con Inocencio, acabó por pagar el censo y poner su reino bajo la protección de la santa sede. También otros soberanos, el príncipe de Dalmacia, los reyes de Bohemia y Hungría, buscaron el apoyo de la omnipotencia pontificia (2).

Inocencio parece ser el jefe espiritual y temporal de la cristiandad; el imperio no es más que una vana sombra. Los reyes se dirigen al papa, y no al emperador, hasta para los negocios temporales; no es ya el heredero de César, sino el sucesor de los apóstoles quien hace reyes; no puede disputarse la consideración é influencia universal de Inocencio; pero también es cierto que la dominación del papa tiene enemigos mortales aún en aquellos mismos que reclaman su intervención; cuando un príncipe tiene fuerza para mantener su independencia, jamás quiere obtener la corona de un soberano. Hay un

(1) *Gesta Innocent.*, c. CXX, CXXI.

(2) Véanse los testimonios en RAUMER, *Geschichte der Hohenstaufen*, t. III, p. 102.

poder irresistible en la idea de la soberanía; en vano exige Inocencio al coronar á los reyes un juramento de vasallaje; la corona emancipa; el príncipe de los Búlgaros había usurpado el trono, y pidió la protección de la santa sede para tener apoyo contra sus enemigos; pero apenas fué coronado hizo ya sus reservas, y creyó tener libertad de acción para sus proyectos de engrandecimiento, viendo en el papa un aliado, pero no un señor (1). En cuanto al rey de Aragón, hizo su viaje á Roma por ambición y no por respeto al pontificado, esperando que la consagración del soberano pontífice le diera autoridad sobre lo grande de su reino; pero no consiguió sino hacer á sus vasallos más turbulentos; el orgullo español se sublevó contra el yugo extranjero, y el mismo rey mostrósé vasallo poco obediente, dando lugar á que el papa le recordase el respeto á la Iglesia y su juramento de fidelidad; pero esto no impidió que Pedro de Aragón combatiere en la fila de los Albigenses contra el ejército pontificio. No siempre hallaban las armas espirituales de la santa sede terreno favorable; en vano ordenó Inocencio al rey de Hungría que partiese para la cruzada, á que se había comprometido, pues la excomunión, acompañada de la amenaza de deposición, no produjo efecto alguno en el ánimo del príncipe (2).

#### N.º 2.—Inocencio y el imperio.

##### I.

La debilidad de Inocencio con respecto á los reyes á quienes parece dominar sobresale principalmente en sus relaciones con el imperio de Alemania, que era como una creación de los papas; el emperador, armado con la espada temporal, debía ser el protector de la Iglesia y el defensor de la santa sede. Carlo-Magno y Oton cumplieron estos deberes; pero la independencia de los soberanos pontífices padeció: el llamado á proteger fácilmente se convierte en señor. Había en la concepción del imperio cristiano una contradicción que debía conducir á una lucha mortal. Jefe de la cristiandad, el emperador se decía señor del mundo, sucesor de los Césares y soberano de los reyes; después de

(1) INNOCENT., *Epist.*, VIII, 9. "Non attendens quod Ecclesie pluribus de causis fidelitate teneris adstrictus, et cui debere esse devotus, te in omnibus inde votum ostendas."

(2) INNOCENT., *Epist.*, I, 10.

esto, ¿podía consentir en no ser más que un instrumento, un arma del pontificado? Los emperadores se prestaban bien á ser los protectores de la Iglesia, pero ejerciendo los derechos de Carlo-Magno y Oton; los papas que sucedieron á Gregorio VII no querían ya ser subordinados, porque, siendo órganos de Dios, tenían la ambición de dominar sobre los reyes. ¿Cómo conciliar estas pretensiones inconciliables?

Los derechos del imperio encontraron en los Hohenstaufen una raza nacida para hacerlos valer. Federico Barbaroja luchó toda su vida contra el espíritu de libertad de las ciudades lombardas, que arruinaban el poder imperial en su principio, y contra las pretensiones del papado, que tendían á convertir al señor de la ciudad y del mundo en vasallo del papa; él sucumbió; pero tampoco el papado salió victorioso de la lucha, porque, aunque hubiese vencido al emperador, subsistía el imperio, y con él el peligro de nuevos combates, en los cuales la fortuna ó el genio podían dar la victoria al rey de Alemania. El hijo de Federico no tenía las cualidades de su padre; pero la fuerza en manos de un príncipe joven, emprendedor, temerario é implacable, estuvo á punto de ser fatal á la santa sede. Durante el reinado de Enrique VI, el pontificado quedó casi anulado; el emperador se apoderó del reino de Sicilia y se negó á rendir homenaje al papa; dispuso como señor del patrimonio de San Pedro, y el soberano pontífice es encerrado en Roma como en una prisión, quedando aislado de la cristiandad; se prohíbe á clérigos y laicos dirigirse á la Iglesia romana y apelar á Roma; y los fieles que iban á consultar al vicario de San Pedro eran colmados de ultrajes, despojados y cargados de cadenas. El emperador disponía de los obispados; y ¡desgraciados los clérigos y los obispos que se atreviesen á disputarle sus derechos! Se los golpeaba, se los mutilaba, se los torturaba, se los arrojaba al mar ó perecían en las llamas (1), ¡y entre tanto el papa permanecía mudo! ¡La santa sede no fulminaba sus rayos!

La prematura muerte de Enrique VI, la minoría de Federico II y el advenimiento de Inocencio III cambiaron súbitamente el estado de la cristian-

(1) *Gesta Innocent.*, c. VIII.—*Registrum Innocentii de negotio Imperii*, *Epist.*, XXIX, XXXIII.—RAUMER, *Geschichte der Hohenstaufen*, t. II, p. 525, 547.—GIESLER, *Kirchengeschichte*, t. II, 2, § 53, nota r.

dad. Todo favoreció al papa; los príncipes alemanes se dividieron, escogiendo unos por rey al hermano de Enrique VI y otros á un príncipe de la casa de Sajonia; las simpatías del papa no podían ser dudosas; después del reinado de Enrique, no podía consentir en colocar la corona imperial en la cabeza de un Hohenstaufen; sin embargo, Inocencio, político consumado, dejó por de pronto que los dos partidos lucháran; así debilitaría el imperio con sus disensiones, el imperio que era enemigo del pontificado (1). ¿Para qué había de intervenir Inocencio en la lucha si sabía que los dos pretendientes habían de verse forzados á implorar su apoyo? Cuando esto llegase, entonces el soberano pontífice podría decidir y rechazar á Felipe de Suabia, porque era Hohenstaufen. En un acta de acusación recuerda todo el mal que aquella raza maldita ha hecho á la Iglesia: "Felipe es un perseguidor nacido de una familia de perseguidores. Enrique V, primer príncipe de la casa de Suabia que llegó al imperio, se apoderó por medio de la violencia y la perfidia de Pascual y sus cardenales, y arrancó al papa privilegios contrarios á los derechos de la Iglesia. Cuando Pascual, libre de sus cadenas, revocó sus concesiones, el emperador creó un antipapa, que dió lugar al largo cisma que duró hasta Calixto II. Federico Barbaroja hizo grandes promesas á Adriano, que le coronó: sabido es de qué manera las cumplió, respondiendo á las reprensiones de Alejandro III: "Si no estuviéramos en una iglesia, ya sabrías cómo hieren las espadas de los Alemanes." Enrique, su hijo, comenzó á reinar atacando á mano armada el patrimonio de San Pedro y no cesando de maltratar al clero. Felipe siguió sus huellas, tomando el título de duque de Toscana y de Campania y usurpando los bienes de San Pedro hasta las puertas de Roma. "Elevarle al imperio sería dar armas á un furioso contra nosotros, equivaldría á poner en sus manos la espada contra nuestra cabeza; aún cuando fuese tan inocente como un niño recién nacido, deberíamos rechazarle; la raza de los Hohenstaufen ha colmado la medida, y el día de la venganza se aproxima; la sagrada Escritura nos enseña que los hijos pagan las culpas de los padres hasta la tercera

(1) El poeta contemporáneo WALTHER VON DER VOGELWEIDE acusa al papa de doblez; ha engañado á los dos pretendientes:

•Ze Rome horte ich liegen.

(Von der Hagen, *Minnesinger*, t. I, p. 224, núm. 2).